

Cuento



*“Al flanquear el Luxemburgo discurrían
sobre la vida en París cada día más
difícil”.*

LA CASA DE LA PUERTA DE REJA

Shinichi Hoshi

(Traducción directa del japonés:
Lucía Hornedo Pérez-Aloe)

Hacia las cinco y media de la tarde, un joven caminaba solo y desanimado. Tenía treinta años. Junichi que así se llamaba, regresaba a casa después del trabajo. En realidad, salía de casa de su tío, que le quedaba de paso.

La noche anterior había estado bebiendo con unos amigos hasta gastar todo su dinero. Descartó solicitar un adelanto en su empresa, a pesar de que faltaban apenas unos días para cobrar, por temor a que lo tacharan de derrochador. Además, ya lo había hecho antes. Por eso decidió recurrir a su tío.

Resultó una visita infructuosa y lo único que consiguió a cambio fue una reprimenda.

—Esta actitud tuya no puede ser, Junichi. Cuando eras más joven, podía pasar, pero tienes treinta años, ya eres mayorcito, ¿no? Creo que no es nada positivo que vivas solo en una pensión.

—Sí...

—Deberías sentar la cabeza. Como estás soltero, te gastas el dinero en tonterías. Deberías replantearte seriamente tu vida.

—Sí, eso haré, pero por favor, hoy podrías prestarme algo...

—Ni hablar. Si te presto dinero, nunca enmendarás. Es bueno sufrir de vez en cuando, puesto que del sufrimiento nace la sensatez. Si actúo así es únicamente porque me preocupo por ti.

—Ya. Lo comprendo.

Salió con los bolsillos igual de vacíos. Se dirigió a su pensión

a pesar de que era aún pleno día, puesto que no tenía otro lugar a donde ir. No hay nada más irritante que escuchar un sermón que uno se sabe bien merecido. Es muy desagradable sentir cómo se va acumulando sin remedio el desasosiego, ante la imposibilidad de toda réplica. Iría a tomarse una copa para evadirse, pero no tenía dinero; lo único que le quedaba era lamentarse de sí mismo.

Quizá porque se encontraba pensando en estas cosas, el joven se equivocó de camino. En vez de girar hacia la estación, se metió por una calle que no solía frecuentar y que daba a un barrio residencial de lujo. Los vecinos de este lugar apenas deberían de entablar relación unos con otros; llevarían una vida holgada en su independencia. Seguramente habrá quien pueda permitirse ese modo de vida.

A pesar de que estas reflexiones lo exasperaban aún más, no se podía negar que era una zona agradable para pasear. La tranquilidad y la ausencia de multitudes invitaban a la imaginación a volar libremente. Los detalles de la vida de la gente que vivía en los barrios de la ciudad no despertaban en absoluto su curiosidad, puesto que estaba demasiado familiarizado con ella; en cambio, no podía esbozar siquiera un mínimo detalle del día a día de quienes habitaran aquel lugar privilegiado. Se le presentaba como un gran misterio.

El joven no pudo evitar detenerse frente a una de las casas: así había imaginado siempre que sería un palacio. Su imponencia y su solera, no tanto su fastuosidad, la hacían parecer enraizarse en la tierra. Era una casa de dos plantas y la fachada, de estilo occidental.

El edificio se construyó cuando aún no se escatimaba en materiales ni en esfuerzo. Era, en esencia, diferente de las casas nuevas, concebidas con el único objetivo de ser prácticas y en las que sólo se emplean materiales sintéticos. ¿Cómo describir algo así? ¿Sería apropiado hablar de majestuosidad?

La tapia no era demasiado elevada y además el joven era alto.

En el espacioso jardín crecían varios árboles, entre los que destacaba uno, por su tamaño. Su frondosa copa mantenía el inmueble a la sombra, al abrigo de la incidencia directa de los rayos del sol. El transcurso del tiempo había hecho que la construcción y el árbol armonizaran a la perfección: el árbol se encontraba en el lugar exacto y tenía el tamaño preciso, al igual que el edificio no podía tener otra forma o estar en otro sitio. Sólo cabía concebirllos así.

En uno de los postes de la puerta, una placa rezaba: «Nishi». Además de la escasa altura de la tapia, el enrejado de la puerta permitía asimismo atisbar el interior. Era notable el esmero con que cuidaban el jardín. Cerca del edificio merodeaba tranquilo un gato de color negruzco. No se escuchaba ninguna voz.

La puerta estaba ligeramente abierta. A juzgar por este detalle, y por la calma con la que el gato se paseaba, no parecía haber perro. Así pues, el joven se decidió a entrar y la franqueó de un paso. No pudo resistirse a la tentación de sentir en su propio cuerpo cómo sería estar dentro de una mansión como aquélla.

De pronto, percibió cierta fragancia. Debió de ser el aroma de las flores blancas que pendían de un pequeño arbolito frente a él. Como atraído por ellas, dio tres pasos más. Entonces le pareció escuchar la voz de una mujer.

—¡Oh!

El joven se volvió y frente a él estaba una mujer que aparentaba unos veinticinco años. Vestía un pulcro atuendo de estar en casa. No se trataba de la típica prenda de colores estridentes o de escasa elegancia, sino que armonizaba a la perfección con la escena. Su rostro era de facciones finas y de tez blanca, su gesto desprendía amabilidad.

El joven se quedó paralizado. No debía alterarse, salir huyendo únicamente confirmaría cualquier sospecha. Lo mejor era relajarse y tratar de entablar alguna conversación. Se sentía perfectamente capaz de aparentar con sus palabras que él también

había recibido una buena educación, aunque no se le ocurría ningún saludo para empezar. Fue la mujer quien tomó la iniciativa.

—¿Dónde habías estado?

—Eh, bueno, pues... —se quedó perplejo ante tan inesperadas palabras.

La mujer sonrió con picardía.

—Parece que no se te ocurre ninguna excusa convincente...

Se acercó presurosa hasta él, lo tomó de la mano y lo condujo hasta la entrada de la casa.

—¡Tus zapatillas, Shinjirou!

El amplio corredor también estaba impecable.

—Vamos, cámbiate de ropa —le dijo mientras le quitaba la chaqueta y le daba en su lugar un suéter fino—, ponte cómodo.

La mullida silla de la sala de estar, decorada al gusto occidental, era comodísima y le dio la bienvenida adaptándose perfectamente a su cuerpo. Era como si siempre hubiera vivido allí y poco a poco la tensión del principio se fue disipando.

—He preparado té.

La mujer dispuso dos tazas sobre la mesa que quedaba frente a él. Sus movimientos y su manera de hablar eran totalmente naturales. Permaneció callada y con una alegre sonrisa. Nada indicaba que estuviese actuando. Sus ojos tampoco parecían miopes ni su mirada la de una demente. Más tarde, trajo una botella de licor.

—¿Te apetece tomar una copa antes de la cena? No sé si servirme yo otra también... Pero dime, ¿dónde has estado?

—Pues, en realidad...

No sabía qué contestar. De pronto, ella pareció enmendar su pregunta.

—Está bien, no hace falta que me lo digas. No tengo intención de hacerte pasar un mal rato. Me conformo con que hayas regresado.

Sobre la mesa había un paquete de cigarrillos que por su sola disposición lo invitaba a fumar. El joven alargó la mano y encendió

uno. Le dio la impresión de que estaba allí porque él mismo lo había colocado.

—La cena está lista —anunció con cortesía la sirvienta y se retiró.

El joven siguió a la mujer por el pasillo hasta el comedor, también decorado al estilo occidental. Del techo colgaba una araña que parecía una antigüedad y que iluminaba la estancia con la intensidad precisa: ni demasiada claridad ni demasiada penumbra. Sentada a la mesa, había una señora de unos sesenta años, a quien la mujer se dirigió diciendo:

—Mamá, por fin ha regresado Shinjiro.

—Es una espléndida noticia —dijo. Y dirigiéndose hacia el joven añadió— no está bien que te ausentes durante tanto tiempo, Shinjiro. Cuando te casaste con Tomoko, pasaste a ser el hombre de la familia Nishi. No dudo que tendrás muchas preocupaciones, pero, por favor, no te dejes arrastrar por ellas.

—Así lo haré.

El joven comprendió al fin cuál era su papel y supo además que la mujer se llamaba Tomoko y que la señora era su madre. Él era Shinjiro Nishi, el esposo de Tomoko y el cabeza de familia.

Cenaron todos juntos. La vajilla era muy elegante y la comida, aunque no se diría un banquete de lujo, estaba exquisita; no hubo nada que tuviera que comer por compromiso, puesto que todo era de su agrado. Apenas hablaron durante la cena; al parecer estaba prohibido hablar durante las comidas. Sin embargo, eso no significaba que el ambiente fuera incómodo. El joven en ningún momento se sintió como un elemento extraño, sino como un miembro más de la familia. Parecía un sueño hecho realidad.

De todas maneras, aunque regresara a su pensión, no tenía dinero ni nada que hacer. En cambio, allí había bebidas, comida y aún mucho por descubrir.

Después de la cena, el joven regresó a la sala y le preguntó a

Tomoko si podía servirse otra copa.

—Bebe cuanto quieras. Parece que hoy tienes ganas de beber.

Ahora mismo te traigo más hielo.

Mientras le servía, añadió:

—No tengas en cuenta lo que ha dicho mi madre hace un rato.

Ella se preocupa por ti como si fueras su hijo. Tú eres el cabeza de familia y por lo tanto...

—Ya lo sé —la interrumpió y siguió bebiendo.

En realidad no entendía nada. Lo único que comprendía es que conforme pasaba el tiempo se iba sintiendo cada vez más a gusto. ¿Qué sería lo que lo embujaba así?

«¿Habré caído en alguna trampa hábilmente urdida? Aunque no creo que alguien quisiera arruinarme, tampoco poseo nada que valga tanto como para que trataran de extorsionarme. Entonces, ¿quizá me estén utilizando para algún fin? Creo que estaré a salvo hasta que todo termine. De todas maneras, no me ha parecido que Tomoko o su madre estuvieran actuando de manera premeditada...»

Deseaba quedarse allí por más tiempo. Sin comprender nada, siguió bebiendo y terminó por emborracharse. Tomoko lo ayudó.

—Ya está bien, vamos a dormir.

Y, con total naturalidad, se acostaron en la misma cama; al fin y al cabo, si estaban casados no había nada de qué extrañarse. Eso le pareció correcto. El joven se quedó dormido. Ninguna preocupación lo acechó durante el sueño y durmió plácidamente. Cuando despertó a la mañana siguiente, miró el reloj y se levantó apresurado. Tomoko le dijo:

—¿Por qué te levantas con tanta prisa?

—¡Tengo que irme!

—¿Por qué? ¡Acabas de regresar! Quédate en casa por un tiempo. Eres el cabeza de familia y no deberías andar paseándote por ahí. Aunque si tienes algún asunto que no puedas postergar, entonces...

En la cara de Tomoko se podía leer su deseo de que no se fuera. El joven asintió. Un asunto que no pudiera postergar... ahora entendía, se dio cuenta de que no había nada que lo urgiera. Si la comparaba con su oficina, la casa le parecía sin duda un lugar mucho más atractivo. «Debo permanecer aquí». Este pensamiento se apoderó de su cuerpo.

—Tienes razón, no saldré por el momento.

—¡Qué alegría!

Así, el joven pasó a formar parte de la familia. En la casa había televisión, pero no tenía ganas de encenderla, no parecía acorde con el ambiente. Escuchar la bella música de algún disco era mucho mejor.

En las estanterías había muchísimos libros. Tomar uno al azar y leerlo sentado frente a robusta mesa del despacho también era una buena idea. No le costaba nada adentrarse en los mundos que describían las numerosas novelas extranjeras. Y si quería descansar un rato, podía tumbarse en la *chaise longue*. El tiempo transcurría tranquilamente.

Si quería despejarse, podía dar un paseo por el jardín. No es que fuera extraordinariamente grande, pero el pequeño estanque, el montículo artificial y la disposición de los árboles hacían que pareciera mucho más extenso.

En una ocasión, una rama que cayó junto a él interrumpió su agradable paseo. Se asustó pero consiguió esquivarla. Le pareció percibir la presencia de alguien por encima de su cabeza. De la escalera de mano que estaba apoyada en el tronco descendió un hombre de unos cincuenta años.

—Lo siento muchísimo, señor—parecía muy afligido—. Estaba tan absorto con los cuidados del árbol, que no prestaba atención a lo que había debajo...

—No pasa nada, no hace falta tanta disculpa.

Al entrar de nuevo en la casa, se encontró con la sirvienta.

—¿Ha hecho alguna impertinencia el sirviente Shimakichi?

—No, nada importante.

Así supo que aquel hombre era un empleado. «Vaya nivel el de esta casa. Quizá, sin estas labores de mantenimiento, se vendría abajo. Sin embargo, lo que estaba haciendo ahora el sirviente era un lujo a todas luces. Cómo podría haber alguien dispuesto a asumir ese cargo...».

—El padre del señor Shimakichi fue el carpintero que construyó esta casa hace mucho tiempo —la sirvienta pareció leerle el pensamiento—. Por eso él vive aquí. Dice que esta casa conserva la huella de su difunto padre y de paso nos hace un buen servicio. En otro tiempo por lo visto se dedicó a escribir novelas, pero parece que no le fue muy bien. Cuando a veces se queda como absorto, puede que esté dándole vueltas a algún argumento...

—Eso debe de ser.

Le pareció comprender el carácter de Shimakichi. «Hay algo en esta casa que fascina a las personas. Muchos van al mar o a la montaña huyendo de las grandes ciudades, pero en esos lugares también se aglomera la gente. Lo más inteligente entonces es buscar otra vía de escape».

«Por ejemplo, aquí. No se trata de evadirse en el tiempo o en el espacio, es otra cosa. ¿Cómo explicarlo?, este lugar es como un pequeño universo paralelo donde llevar una existencia agradable».

La forma de vida de Shimakichi le pareció muy noble. Más tarde, él le contó que la sirvienta también tenía razones similares para estar allí. Todos parecían amar aquel lugar.

«¿También se me permitirá a mí tal sentimiento?». El joven decidió que disfrutaría de la vida allí. Se dedicó a admirar en la biblioteca los libros de arte y a leer las antologías de poesía china. Si se le dedica tiempo, la riqueza de las obras se transmite sin necesidad de explicación. Y precisamente era tiempo lo que allí abundaba.

Tomoko, su mujer, también le resultaba agradable. Sin

embargo, no se tomó licencias por ser el cabeza de familia y Tomoko, como si conociera su interior, se dedicaba a él con cierta sumisión. Los dos se trataban con mucho afecto. El sentimiento que los unía no era tempestuoso, sino que sus corazones se compenetraban serenamente, más bien como una fina lluvia de primavera.

Es muy fácil acostumbrarse a lo bueno. ¿Cuándo llegó el joven a la casa? Le parecía que siempre había estado allí. Comenzó a identificarse cada vez más con el nombre de Shinjirou Nishi que con el de Junichi, porque nada lo disuadía de pensar así. Ya no le hacía falta tener cuidado en guardar las apariencias porque iba asimilándolo todo de forma natural.

Más tarde supo que aquélla era una familia de alcurnia que no necesitaba trabajar para vivir. «Por otra parte, tampoco gastan tanto dinero. No hay necesidad de hacer viaje alguno puesto que aquí reina una maravillosa paz. Tampoco de ir de compras para seguir las últimas tendencias, porque todo lo que hay dentro de la casa es perfecto y no hace falta nada más. Y como estando aquí no nos encontramos con nadie, tampoco hay necesidad de engalanarse. Parece que no tienen amistades».

Los días transcurrían sin sobresaltos.

Un día, la madre anunció:

—Voy a salir a visitar la tumba de papá. Os dejo a cargo de la casa.

—Muy bien, vete tranquila —se despidió el joven.

Y así se fue la señora. Sin embargo, no regresó esa noche. Tampoco al día siguiente. A la mañana del tercer día, el joven, intranquilo, se dirigió a Tomoko:

—No ha vuelto aún. ¿Le habrá pasado algo? Estoy un poco preocupado.

—Pero si esto ya lo ha hecho antes. No tardará en volver.

—Puede que sí.

Y terminó por parecerle que así debía ser, aunque el joven

no conseguía tranquilizarse del todo. En esta casa tenía que estar la madre de Tomoko, su presencia era necesaria. Su falta lo ponía nervioso. Era la misma sensación que provocaría un altar sin adornos o un estanque sin peces.

Transcurridos unos cinco días, una tarde escuchó a Tomoko exclamar en el recibidor:

—Bienvenida a casa —y, acto seguido— ¡Querido, ha vuelto mi madre!

Se asomó al recibidor y efectivamente allí estaba la madre. Tomoko la tomó de la mano y, con mucho cariño, la condujo hasta su habitación. Antes de salir a visitar el cementerio tenía más canas y era un poco más alta. Y tenía la cara distinta. No era la misma persona que se había marchado de la casa unos días antes.

«Y ¿qué pasa si es otra persona? Durante su ausencia, el vacío que dejó me produjo tanta angustia». El joven se dirigió a la señora:

—No me gusta tener que decirte esto, pero estábamos muy preocupados. Lo hemos pasado mal. Cuando vayas a dormir fuera, te pediría que por lo menos nos llamaras.

—Es que me ocurrieron muchas cosas...

—Lo entiendo —la interrumpió Tomoko—. No pasa nada porque hayas estado fuera. Pero deberías pensar en los que te estábamos esperando en casa.

—En adelante, así lo haré.

La señora parecía aturdida. Quizá reflexionaba sobre su conducta. Por fin, al cabo de unos días, retomó sus antiguas costumbres. Así debía ser.

Un día recibieron una visita. Era un caballero, un viejo amigo íntimo del marido de la señora. Los tres estuvieron recordando viejas anécdotas.

—Era una magnífica persona. Como patrón era el mejor y además era muy culto. En definitiva, un hombre de convicciones firmes. Bajo su apariencia tranquila escondía una gran fortaleza.

Esta casa me provoca tanta nostalgia. Me trae muchos recuerdos. Por cierto, he estado de viaje y os he traído estos dulces...

Sacó un paquete, estuvo hablando durante un rato más y finalmente se marchó. Entonces, Tomoko le dijo al joven:

—Siempre habla de las mismas cosas, ¿verdad? Porque es un buen hombre, que si no...

—Es cierto. ¿Probamos los dulces?

Los días transcurrían plácidamente. La señora era una buena madre y Tomoko, una buena hija. El joven era un buen cabeza de familia y un buen marido para Tomoko. Los dos sirvientes trabajaban muy bien y la casa se regía por unas sobrias costumbres. Todos amaban la casa.

Un día, Tomoko le dijo al joven:

—¿Podría ausentarme? Mis compañeros de instituto han organizado una reunión de antiguos alumnos. Si me dices que no vaya, me quedaré...

—Si te apetece ir, no te lo voy a impedir. Pero ve con cuidado. No quisiera que te olvidaras de la casa.

—Pero ¿qué dices? No hagas bromas de mal gusto.

—Tienes razón, perdóname. Si vas a retrasarte, avisa por favor.

—Sí, ya lo sé.

Tomoko se marchó. Y se cumplió su mal presentimiento: tuvo que cenar a solas con la señora.

—Tomoko se retrasa. ¿No le habrá pasado algo?

—Volverá pronto. Esta chica es un poco caprichosa. Es la niña de la casa. Espero que no te moleste su actitud. Si es así debería disculparme en su nombre.

—No, no se trata de eso.

—De todas maneras, Tomoko está siendo demasiado egoísta. Shinjiro, en cuanto regrese, deberías decirselo claramente.

—Pero...

—No puede ser. De vez en cuando, deberías hablarle con firmeza. Con la edad que tiene, ya es un poco extraño que sea yo quien le llame la atención.

—Quizá tengas razón.

Los dos se sonrieron. Esa noche durmió solo. La echaba de menos. La presencia de Tomoko era imprescindible en la casa.

Al día siguiente tampoco volvió. La sensación de vacío se le hizo insoportable y por la tarde comenzó a beber. Por la noche tuvo un sueño extraño que lo hizo despertar sobresaltado. Al darse cuenta de que Tomoko no estaba, siguió bebiendo.

Cuando volvió en sí tenía resaca. Por la tarde le pareció que había alguien en la puerta de reja. El joven, con la mirada borrosa, clavó los ojos en la mujer que entraba con la cabeza ladeada. En ese momento, escuchó la voz de la señora:

—¡Pero qué es esto! ¿Cómo se le ocurre ausentarse de su casa a una mujer casada? No sé cómo será en otras casas, pero en la familia Nishi esto es imperdonable.

—Lo siento mucho mamá. Yo no pretendía...

—Esto no se arregla con simples excusas. Rápido, ve a disculparte ante Shinjirou.

—Sí. No volverá a repetirse.

Tomoko fue donde estaba el joven.

—Querido, siento mucho haberme retrasado.

El joven se volvió hacia ella. Le había crecido el pelo y ya no se le formaban los hoyuelos al sonreír. Además, ahora tenía un pequeño lunar en el pómulo. No era la misma Tomoko que salió diciendo que se iba a la reunión de sus antiguos compañeros. Aunque no importaba que fuera diferente. Bastaba con que Tomoko hubiera regresado. Si volvía a esta casa, es porque se trataba de ella.

—No hace falta que te disculpes. Aunque es cierto que estaba molesto, al ver que has llegado bien, se me ha pasado.

Esa noche Tomoko y el joven durmieron juntos.

Durante unos días se respiró un aire un tanto incómodo en la casa. Es natural si la esposa se ausenta sin decirle nada a su marido. La situación se fue serenando poco a poco y por fin se instauró de nuevo la pacífica convivencia entre la señora, Tomoko y el joven.

Más o menos un mes después de aquello, recibieron una visita. Era un muchacho de unos treinta años con aspecto miserable.

—Señor, está aquí Hanagorou —anunció la sirvienta—. Parece que una vez más viene a pedir dinero. Es un pariente realmente problemático.

—Ah sí, creo que he oído hablar de él. Si no me equivoco, es el hijo del cuñado de una tía de Tomoko.

—Sí, sí.

—En todas las familias hay alguien así. Quizá deba decirle yo algunas verdades. Déjame a mí hablar con él.

El joven salió al recibidor.

—Tú debes de ser un pariente del marido de la tía de Tomoko. Hace poco estuve revisando algunos documentos antiguos. Al parecer, tras la muerte del padre de Tomoko, se le entregó una parte de la herencia a su hermana menor. El asunto debió de quedar zanjado. Más tarde, cuando murió la tía, tu padre inició algún negocio con su parte de la herencia, que al parecer no fue muy bien...

—Así es. Hubo diversas causas...

—Supongo que así debió haber sido. Pero no puedes venir aquí a lamentarte de eso. Tú no tienes ningún vínculo de sangre con la familia Nishi. ¿Nos harías el favor de no volver más? Ahora soy yo el cabeza de esta familia y por tanto tengo la responsabilidad de velar por ella. Si hiciera caso de cada historia, sería nuestra ruina.

Por supuesto, si tuvieras alguna prueba legal de que te debemos dinero, entonces...

—No. Y tampoco desearía tal cosa. Pero es que no me llega el dinero y no tengo otro sitio a dónde acudir...

—Lo que he dicho hasta ahora es lo más razonable—prosiguió el joven, bajando la voz—. Sin embargo, si te echara fríamente, también perjudicaría la reputación de la familia Nishi. Voy a darte algo de dinero de mi propio bolsillo, pero no le digas nada a mi mujer ni a mi suegra. Y por favor, con esto márchate.

Y le entregó un sobre con algo de dinero.

—Muchas gracias—contestó Hanagorou bajando la cabeza—. Eres una buena persona. Contigo la familia puede estar tranquila. En realidad, yo tampoco quería venir por esto, pero no me quedaba otra opción...

Insistió tanto en dar las gracias que llegó a resultar un poco irritante. Por fin se marchó. Después el joven informó a Tomoko y a su madre de que había solucionado el asunto de Hanagorou. Las dos se quedaron mirándolo. La expresión de alivio de sus ojos traslucía el respeto que merece alguien digno de toda confianza. Tras este incidente se borró definitivamente el resquicio de desasosiego que permanecía desde la salida de Tomoko y la complicidad entre los tres se hizo aún más fuerte que antes.

El joven nunca salía de la casa. No había necesidad y tampoco le surgía el deseo de hacerlo. La comida que preparaba la sirvienta era de su gusto y gracias a los cuidados del sirviente la vida allí era muy agradable. La luz que entraba por las ventanas proporcionaba una claridad perfecta a las estancias y le quedaban muchos libros por leer. Si quería hacer ejercicio, podía practicar un poco de golf en el jardín.

Unos meses más tarde, vino el administrador del patrimonio

familiar. Era un abogado de unos sesenta años que vivía cerca de allí.

—La situación actual es como sigue —comenzó a explicarle al joven desplegando unos documentos—. Disponen de todo este dinero.

—Yo no entiendo mucho de estas cosas. Quizá debería estudiar un poco. Pero siento mucha tranquilidad al confiárselas a usted y por eso nunca me ocupo de ello...

—Le agradezco mucho su confianza. Me une una larga relación con su familia. Y se lo estoy transmitiendo todo a mi hijo, que también es abogado y que últimamente está haciendo muy buen trabajo. Bueno, le entrego el dinero. Por favor, firme aquí.

—¿Dónde habré puesto el sello?... ¡Ah, sí!, en el cajón del despacho. ¿Así está bien?

—Perfecto. Hasta la próxima vez entonces.

Tras la visita, el joven guardó una pequeña parte del dinero en el despacho y el resto se lo entregó a Tomoko. Le corresponde a la esposa llevar las cuentas. El dinero que se guardó era en previsión de casos como los de Hanagorou. No era mucha cantidad, pero como tampoco salía de casa, no era en absoluto necesario.

Se quedó observando los documentos que le había presentado el abogado. Si vendiera todos los valores financieros y las propiedades, obtendría una buena suma. Pero eso era sólo una hipótesis ya que no tenía intención de hacer tal cosa. No necesitaban dinero de manera urgente y aunque consiguiera mucho por la venta de la casa, tampoco se le ocurría otra mejor manera de emplearlo. La situación presente era la idónea para el patrimonio de la familia.

La sirvienta se ausentó un par de días durante los que Tomoko se encargó de las comidas. Ella y su madre parecían divertirse cocinando. Era el sabor de las recetas tradicionales de los Nishi. Por fin regresó la sirvienta; era otra persona, pero era la mujer que había estado sirviendo en la casa desde hacía mucho tiempo.

También hubo una ocasión en que el sirviente no regresaba y también él, a los tres días, volvió a entrar por la puerta de reja, que estaba ligeramente abierta. Por supuesto, su rostro y su constitución física eran diferentes de cuando salió, pero era el mismo Shimakichi, el hijo del carpintero que había construido la casa y que la amaba sin medida tanto como al jardín.

Pasaban los días en paz y abundancia. Una sensación de incertidumbre se colaba a veces furtivamente en el corazón del joven, pero desaparecía al instante.

Un día, el joven cambió la posición de un mueble del despacho, porque así le gustaba más. Tomoko, al darse cuenta, exclamó:

—¡No, no! Deberías devolverlo a su lugar original.

—Pero así me parece que está mejor.

—No puede ser. En esta casa existe una tradición.

—Ya, pero por este pequeño detalle...

—Se empieza por un pequeño detalle y se termina cambiándolo todo. Hay que dejar claro el límite de lo que se debe mantener.

Se enzarzaron en una discusión en la que ninguno de los dos cedía. Tomoko, que siempre era tan complaciente, se mostraba inflexible en este punto.

—Shinjirou, tú que también eres un miembro de los Nishi, deberías respetar esto.

—¡Pues me voy a tomar una copa por ahí! —dijo malhumorado.

Se sintió aún más frustrado cuando la conversación llegó al punto de que era él el cabeza de familia. Necesitaba cambiar de aires. Y después de mucho, mucho tiempo, el joven atravesó la puerta de reja.

Desgraciadamente, en esta zona residencial no había ningún bar. Siguió caminando hasta llegar a una zona más concurrida.

Aunque mirara hacia atrás, ya habían desaparecido la casa y el árbol.

Por fin entró en un pequeño bar. Comenzó a beber y de pronto cayó en la cuenta. Él no era Shinjirou Nishi, sino Junichi, un chico soltero, empleado de una aburrida empresa y que ganaba un sueldo bastante escaso. Fue consciente en el momento en que ya no se encontraba bajo el invisible influjo de la casa.

A partir del día siguiente retomó su antigua vida como Junichi. En la empresa lo reprendieron por haberse ausentado tanto tiempo, pero alegó que había sufrido un episodio de amnesia. Por el momento no le pidieron más explicaciones y pudo reanudar su trabajo. Aunque, por otro lado, se hacía más lejano un posible aumento de sueldo y le reducirían la paga extra.

De vez en cuando recordaba la vida en la casa. ¿Qué era lo que allí ocurría? Sólo tenía sentido pensar que había sido un sueño. ¿Qué lo habría hechizado? Aunque a veces también pensaba que aquello era lo lógico: allí reinaba un orden en el que toda presencia tenía su valor y su razón de ser. El edificio, el jardín, el árbol del jardín, incluso los muebles de la casa. Por otra parte, todos los que allí vivían tenían su propio papel y sabían perfectamente lo que debían hacer. Por eso todo marchaba bien. Había dignidad, límites y buenos modales. Se respiraba una armonía tan admirable que hasta se podría decir que era hermosa. Era un todo constituido a partir de elementos indispensables.

Los pensamientos del joven no llegaban tan lejos; únicamente sentía nostalgia. Había leído muchos libros y escuchado canciones famosas, pero lo había olvidado todo. Cuanto había aprendido se había esfumado, como si se hubiera desprendido de una vestimenta. Lo único que permanecía era esa nostalgia.

¿Sería posible volver a aquella vida? Era consciente de que era imposible. Si se hubiera dado la vuelta antes de perder de vista la casa y el árbol, quizá habría podido regresar. Pero siguió alejándose hasta darse cuenta irremediabilmente de que él era Junichi; esto fue

el final.

El joven no desistía y cuando lo invadía la nostalgia se pasaba por delante de la casa. Pero la puerta de reja siempre estaba cerrada. Parece que le vetaran la entrada. Así una y otra vez hasta que terminó por abandonar toda esperanza.

Unos meses más tarde volvió a tener problemas de dinero. Acudió a su tío, pero éste lo rechazó.

Aunque sabía que sería en vano, llegó sin querer hasta la casa de los Nishi. «Trataré de pedirles algo. Seguro que Tomoko se acuerda aunque sea vagamente de mí. Entraré aunque tenga que saltar la tapia».

Ese día, al igual que ocurriera hace ya tiempo, la puerta de reja estaba abierta y pudo entrar.

—¿Oiga?

Salió la sirvienta. Era una cara que no recordaba.

—Espere un momento, por favor.

Al poco rato, salió un hombre, de unos treinta años y de apariencia tranquila.

—Tú serás Hanagorou —le dijo—. Tengo entendido que eres pariente de la tía de Tomoko. Yo soy Shinjiro...

En ese momento, el joven sintió que se convertía en Hanagorou. Se encontraba cómodo en la conversación y bajando la cabeza con naturalidad, le salieron las palabras.

—Siento mucho haber venido, pero es que no tenía otra alternativa...

—Te prestaré algo de dinero de mi propio bolsillo...

Recibió el dinero y salió de la casa. Durante unos instantes, el joven fue Hanagorou; nada más regresar a la pensión, volvió a ser Junichi de nuevo. El dinero que llevaba apretado en la mano no se había esfumado y con él pudo solventar una deuda que tenía

pendiente.

Un año más tarde, el joven se comprometió en matrimonio. Por fin desistió de aquella ambición que no le correspondía y decidió emprender una vida corriente. Su prometida era una buena chica. Les iría bien.

En una ocasión le confesó aquella experiencia tan difícil de explicar.

—Ahora me parece que fue un sueño.

—Es muy misterioso. Me cuesta mucho creerlo. ¿No será una ilusión? A veces las personas crean recuerdos con cosas que les parece que han hecho pero que nunca han ocurrido. Por ejemplo, a mí siempre me ha parecido que de pequeña viví cerca de un río, aunque en realidad no fue así.

—No, en mi caso es diferente. Es verdad que yo viví allí. Por eso precisamente ahora no me resulta extraño.

—¿Dónde está esa casa? Llévame a verla. Tengo curiosidad.

La casa seguía en el mismo lugar y no había cambiado en absoluto. Era exactamente igual que antes.

—Ésta es la casa. Allí está el recibidor y eso es el comedor. Más allá de aquel árbol hay un montículo artificial... —le fue explicando el joven— pero ya no puedo entrar.

—¡Oye!, ¡sí se puede! Mira. Vamos a entrar a echar un vistazo—dijo y empujó la puerta de reja, que estaba entornada.

El joven entró tras ella.

Desde el segundo piso se escuchó la voz de la sirvienta:

—¡Señora!

Entonces se abrió la puerta del recibidor y salió la madre.

—¿Qué te había pasado, Tomoko? Te fuiste a la reunión con tus antiguos compañeros y no has vuelto en dos días. Y además te

traes un amigo, esto sí que es imperdonable. Deberías ir a hablar con tu marido Shinjirou...

Y la condujeron dentro de la casa. El joven quiso seguirlos, pero cerraron la puerta. Trató de forzarla para entrar, hasta que apareció el sirviente, ese hombre tan leal a la casa y a su jardín. No reconoció su cara, pero era sin duda Shimakichi, el hijo del carpintero que había construido la casa. Sentía un apego tal por ella que sería capaz de cualquier cosa para proteger su orden. Lo sabía perfectamente.

Salió y tras atravesar la puerta de reja, ésta se cerró. Por mucho que la empujara, ya no pudo abrirla.